



Comunicación para la violencia y la paz. Límites y desafíos en el desarrollo de un modelo informativo para la resolución pacífica de conflictos¹

Marta Requejo Fraile²

Recibido: 29 de diciembre de 2017 / Aceptado: 1 de junio de 2018

Resumen. El presente artículo analiza los límites y desafíos a los que se enfrenta el profesional del periodismo cuando se trata de informar sobre las vías de gestión y de solución de los conflictos de forma no violenta. Para ello, la investigación indaga en los presupuestos epistemológicos en los que se fundamenta la construcción social de la violencia y de la paz, así como en las narrativas y discursos que sirven para justificar cada una de ellas. El estudio pone de manifiesto la necesidad de un cambio de planteamiento en los estándares y paradigmas que habitualmente han regido estos criterios en la profesión periodística para poder lograr así un modelo comunicativo de los conflictos más operativo en el futuro.

Palabras clave: Paz; violencia; conflicto; periodismo de paz; periodismo de guerra.

[en] Peace and violence communication. Limits and challenges in the development of a peaceful conflict resolution informative model

Abstract. This article analyses the limits and challenges faced by the journalists when they report about paths of management and solving conflicts in a non-violent way. In order to do this, the research explores the epistemological foundation of the violence and peace social construction, as well as the narratives and discourses that serve to justify each of them. The study highlights the need for a change in the standards and paradigms that have usually governed these criteria in the journalistic profession in order to achieve a more operational conflict communication model in the near future.

Keywords: Peace; violence; conflict; peace journalism; war journalism.

Sumario. 1. Introducción. 2. Los lenguajes de la violencia y de la paz; 2.1. Violencia simbólica y cultura de paz. 3. Modelos comunicativos en la pedagogía de la paz; 3.1. Periodismo de guerra y Periodismo de paz; 3.2. La comunicación para la paz ante el ideal de la objetividad informativa. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

¹ Este artículo es una síntesis de la tesis doctoral de la autora titulada *La construcción mediática del proceso de paz en el país vasco (1981-2011)*, defendida el 5 de noviembre de 2018 en la Universidad de Valladolid. Obtuvo la calificación de Sobresaliente *Cum Laude* y fue dirigida por los profesores doctores José Manuel Chillón Lorenzo y Alfredo Marcos Martínez.

² Universidad de Valladolid (España)
E-mail: marta.requejofraile@gmail

Cómo citar: Requejo Fraile, Marta (2018): "Comunicación para la violencia y la paz. Límites y desafíos en el desarrollo de un modelo informativo para la resolución pacífica de conflictos". *Estudios sobre el Mensaje Periodístico* 24 (2), 1615-1631.

1. Introducción

Desde un punto de vista pragmático, una de las principales problemáticas con las que se han encontrado los estudiosos de la Investigación para la Paz a la hora de diseñar los contenidos y enfoques del camino hacia la paz ha estado relacionada con la diversidad de sentidos y significados que el concepto de paz ha ido generando en cada escenario. Sin entrar a analizar de forma pormenorizada la polisemia del término, lo cierto es que la paz ha sido pensada, significada y sentida conforme a una pluralidad de puntos de vista según los actores y grupos sociales que se han visto involucrados en las diferentes situaciones de violencia o contextos de conflictividad (Muñoz, 2001). Lo que, indudablemente, ha repercutido en el ideal de paz que cada uno de ellos ha ido conformando. Es lo que Urbina y Muñoz (2011) han calificado como "concepto problemático" en la medida en que la noción de paz enfrenta por un lado, el sentido de ideal psicológico individual y, por el otro, la vivencia de prácticas sociales y culturales colectivas.

Desde la concepción oriental de armonía espiritual hasta la prácticamente dominante en el mundo actual de ausencia de violencia física de Occidente, la noción de paz ha dado lugar a una gran gama de interpretaciones dentro del imaginario personal y colectivo de cada ser individual según la cultura o contexto político-social imperante. Una situación que, lamentablemente, no siempre se ha traducido en una mayor amplitud y comprensión de las dimensiones del término. Pues, lo que a veces para unos ha constituido un símbolo de lo heroico para acabar, por ejemplo, con la coartación de derechos colectivos e individuales, ha sido interpretado por otros bajo la óptica de una conducta bastante deplorable. Tal y como afirma Ignacio Martín Baró (1985: 3), "el problema no radica, claro está, en que los contendientes no deseen la paz; el problema estriba en el tipo de paz que uno y otro consideran aceptable" ¿Cómo andar entonces el camino hacia la paz cuando este parece discurrir por senderos tan dispares? ¿Cómo conciliar los diferentes ideales que el concepto de paz ha ido configurando en cada ser individual sin faltar a la diferencia particular de cada uno de ellos? ¿Será posible combinar estas diversidades con un modelo informativo operacional para la construcción de la paz? Nos enfrentamos, por tanto, ante un problema de paces y violencias culturales. Un asunto que nos lleva a indagar sobre cómo se asume y se piensa la paz. Sobre cómo el lenguaje y la cultura pueden contribuir a apoyar o a deslegitimar ciertas prácticas asociadas con la violencia dentro de una colectividad. Y para ello, qué duda cabe que, no nos quedará más remedio que estudiar el papel que juegan la educación, la cultura y los medios en la conformación de este ideal social.

2. Los lenguajes de la violencia y de la paz

Como modo de ver la sociedad y de vivir en ella, la cultura es la encargada de configurar los diferentes valores, actitudes, juicios y modos de comportamiento que desarrollan los individuos dentro de cada colectividad. Ella es quien establece las normas morales que se consideran correctas en una sociedad. Y ella es también quien, en base a estas, condiciona el funcionamiento de las estructuras e instituciones sociales del sistema. A nivel general, podemos decir que ella es la responsable de las decisiones políticas y sociales que adoptan los integrantes de una sociedad para dar solución a la regulación de los problemas de su actividad cotidiana (Ros y Schwartz, 1995). Pero también, algunos autores como Piqueras (1996: 108) han llegado incluso en ver en ella un medio. Un “medio en el cual los individuos se forman y del cual extraen las claves y contenidos explicativos así como el instrumental descodificador, interpretativo y valorativo que les permite interactuar con el resto de las personas que integran o comparten tal cultura”.

En cualquier caso, lo que está claro es que de uno u otro modo, la cultura es capaz de desplegar este ‘carácter mediante’ en los individuos gracias al aprendizaje social. Aprendizaje que se ejerce mediante la transmisión de un determinado lenguaje, unas prácticas colectivas y una simbología básica. A este proceso se le conoce con el nombre de ‘enculturación’ y es llevado a cabo, en la primera etapa de formación del individuo, a través de la familia. En la segunda, por otro tipo de grupos como son los centros educativos, los medios de comunicación o el propio asociacionismo, entre muchos otros. La cultura aparece, por consiguiente, reflejada en unos resultados concretos de comportamiento individual y social, interiorizados a lo largo del proceso de desarrollo del individuo de forma consciente e inconsciente por medio de varios agentes (Fischer, 1992: 28):

1. Un elemento material que funda las herramientas y técnicas de producción de los bienes de consumo.
2. Un elemento social que construye las relaciones que llevan a cabo los individuos dentro de la colectividad.
3. Un elemento normativo que regula las normas que rigen el funcionamiento de la colectividad en la vida social.
4. Un elemento simbólico que establece las creencias y maneras de pensar que dan lugar a los valores morales de una sociedad.

Es precisamente este último punto el que nos lleva a analizar el papel que juega la educación y los medios de comunicación en la formación del ideal de paz de los individuos y, consecuentemente, a profundizar de manera transversal en algunas de las ramas ya enunciadas por los investigadores de la Investigación para la Paz enfocadas en estos aspectos como son las de la Educación para la paz y las del *Peace Journalism* o Periodismo de Paz. Estas áreas, dedicadas al estudio de las estrategias comunicativas empleadas en situaciones de conflicto, constituyen una de las principales armas a la hora de comprender los elementos discursivos que una sociedad adopta cuando se trata de dotar de significado al relato de la paz y de la violencia. No obstante, dado que como hemos visto, los imaginarios mentales desde los que van a presentarse estos significados van a poder llegar a ser diversos, este apartado se va a centrar en establecer las principales formas de dominación

discursiva que van a acompañar a la edificación de estos mensajes. Todo ello, con el fin de demostrar que la construcción moral y conceptual de la violencia y de la paz no va a ser simplemente resultado de un fenómeno físico o directo, sino también fruto de un proceso transcultural muy ligado a la acción léxico-argumental ejercida por estos dos agentes. Pues, tal y como Contreras y Sierra (2004) argumentan, el sentido de la violencia solo puede entenderse estudiando el conjunto de las prácticas culturales, así como el contexto histórico donde esta tiene lugar y se representa.

2.1. Violencia simbólica y cultura de paz

La construcción lingüística de las diversas cosmovisiones de la violencia y la paz en el imaginario del individuo tiene mucho que ver con lo que Pierre Bourdieu (1995) va a denominar el aparente “orden de las cosas”, es decir, con la representación de los significados del mundo físico por parte de las estructuras de dominación del sistema como las de los medios de comunicación, el mundo educativo, los órganos estatales... En este sentido, desde el paradigma de la Investigación para la Paz, las principales propuestas han sido enfocadas en el análisis de la comunicación masiva a partir del estudio de la óptica educativa y mediática de dos tipos de supuestos: 1) aquellos relacionados con la sustentación de prácticas violentas y 2) los vinculados a la deconstrucción de estos mecanismos.

El primero de ellos, con origen en las nociones del pensamiento bourdieano y en las teorías del estudioso Johan Galtung, es el conocido como postulado de la violencia simbólica o cultural. Bajo este término, los autores van a englobar cualquier aspecto de la cultura que contribuya a legitimar alguno de los diversos tipos de violencia en el contexto social, bien sea la denominada violencia estructural, aquella que tiene origen en las estructuras institucionales o sociales del sistema, o la directa, aquella que proviene de agresiones físicas al ser humano. Habitualmente estas clases de violencia van a ser ejercidas por medio de pautas ideológicas y religiosas plasmadas en los signos del lenguaje y otros rasgos de carácter cultural como pueden ser el arte, las leyes o el propio trabajo científico ya que, como Galtung documenta, es raro que podamos tildar a una cultura en su totalidad de violenta. En concreto, siguiendo a Viçenc Fisas (1998: 351-352), este tipo de violencia va a hacer su aparición en los siguientes casos:

1. El patriarcado y la mística de la masculinidad.
2. La búsqueda del liderazgo, el poder y el dominio.
3. La incapacidad para resolver pacíficamente los conflictos.
4. El economicismo generador de desintegración social y su principio de competitividad.
5. El militarismo y el monopolio de la violencia por parte de los Estados.
6. Los intereses de las grandes potencias.
7. Las interpretaciones religiosas, que permiten matar a otras personas.
8. Las ideologías exclusivistas.
9. El etnocentrismo y la ignorancia cultural.
10. La deshumanización.
11. El mantenimiento de estructuras que perpetúan la injusticia y la falta de oportunidades y de participación.

Es necesario tener en cuenta que todos estos rasgos van a ser invisibles a los ojos de los individuos puesto que van a aparecer expresados de manera oculta, cuando no disfrazada dentro de estas representaciones de la cultura social. Lo que va a contribuir a que sean asumidos por los seres humanos de forma inconsciente, “historia incorporada” que dirá Pierre Bourdieu (1991), y a que, por lo tanto, su nivel de penetración sea más activo en el imaginario mental del individuo debido a la eficacia que aporta que su difusión sea realizada por parte de las estructuras de dominación del sistema (López, 2014). “En virtud de que nacimos en un mundo social, aceptamos algunos postulados y axiomas, los cuales no se cuestionan y no requieren ser inculcados”, recalcará Bourdieu (1995: 120). Ahora bien, como venimos señalando esta acción no va a ser solo fruto de la normalización ejercida por la disciplina de las instituciones, sino también consecuencia de otros procesos de la vida social como: “La presión o la opresión, continuas y a menudo inadvertidas, del orden ordinario de las cosas, los condicionamientos impuestos por las condiciones materiales de existencia, por las veladas conminaciones y la ‘violencia inerte’ (como dice Sartre) de las estructuras económicas y sociales y los mecanismos por medio de los cuales se producen” (Bourdieu, 1999:187).

Desde esta perspectiva, como venimos señalando, el elemento simbólico por antonomasia va a ser el lenguaje (Martín, 2004). Pues será él, el encargado de trasladar al ser humano el modo de obrar, pensar y sentir fijado por los individuos en el seno de una colectividad o, lo que Pierre Bourdieu va a calificar como “habitus”, es decir, aquello que hace que los seres humanos se comporten de cierta manera en ciertas circunstancias (Bourdieu, 1987). En este sentido, es necesario insistir en que, de acuerdo con el autor, el habitus de cada ser humano va a guardar una relación indisoluble con el lenguaje, el contexto histórico y con las pautas de actuación desarrolladas por el resto de los hombres dentro de una determinada colectividad. Puesto que gracias a su presencia ineludible en el entorno social, estos elementos van a hacer que este comportamiento no sea adaptado por los individuos como un mero automatismo, sino como un proceso constante y progresivo interiorizado en el aprendizaje (Gamero, 2012).

En el caso del lenguaje, que es el que aquí más nos preocupa, la implantación del habitus se va a llevar a cabo por medio de dos estrategias de acción verbal: el discurso legítimo y la censura estructural. El discurso legítimo va a quedar definido en la dimensión significativa de lo ‘políticamente correcto’ por parte de las estructuras de dominación del sistema en base a su participación en el capital simbólico de una sociedad. Mientras que, por su parte, la censura estructural va a hacer referencia a los elementos que van a quedar fuera de ese discurso en determinadas circunstancias debido a los intereses que van a portar dichas estructuras. Así, gracias a la combinación de ambos elementos, se van a ir edificando los diferentes modos de ver o interpretar las cosas y las pautas de comportamiento en los diversos receptores de estos discursos. De forma que, dado los emisores desde los que van a ser lanzados esos mensajes, dichos modelos de significación van a ser asumidos más fácilmente como adecuados o correctos por estos agentes y van a contribuir a que cada sociedad desarrolle una cultura de la violencia y de la paz individual particular de acuerdo a sus propios dictados políticos (Bar-Tal, 2002). Es lo que Van Dijk (1994) va a llamar “manufacturación del consenso”, en el sentido de que, gracias a estas estrategias las estructuras de

dominación del sistema van a poder moldear la mentalidad de los seres humanos, así como sus opiniones y actuaciones en determinados contextos. Todo ello en base al único objetivo de lograr que la adhesión de los sujetos a las tesis del relato ‘oficial’ sea interiorizada de un modo más satisfactorio.

Y es que no podemos olvidar que las personas orientan su actuación de acuerdo a un orden social establecido que encamina sus acciones en lo que es considerado como legítimo para un determinado contexto (Barreto et al., 2009). Lo que explica la proliferación de los discursos legitimadores que han guiado los hábitos de la violencia en las diversas sociedades a lo largo de las diferentes épocas, así como la imposibilidad de determinar un único modelo a la hora de identificar las bases de estos mensajes culturales y simbólicos. Además de, porque, como hemos indicado, a menudo estos rasgos van a mostrarse de manera oculta o latente en el lenguaje. Porque, como José Manuel Martín (2004: 244) explica, la construcción de estos discursos va a depender del grado de amenaza que se produzca contra “la viabilidad del proyecto social comunitario propuesto-dispuesto-impuesto por las instancias sociales que asumen el poder-dominio simbólico, cultural y estructural” en situaciones particulares.

“No había más remedio que invadir Iraq; La falta de reconocimiento por el estado de mi identidad nacional, no me deja más alternativa que defenderme con las armas; Han fallecido 10 inmigrantes en una patera, pero eran ilegales”... son solo algunos de los múltiples tipos de discursos legitimadores de la violencia recogidos por Vicent Martínez Guzmán (2015: 7) en los que podemos hallar un ejemplo de este argumento. No obstante, más allá de los límites que pueda marcar esta disparidad discursiva, es necesario tener en cuenta que estas estrategias lingüísticas van a tener fundamentalmente un componente semántico que se va a materializar en cuatro enfoques clave (Van Dijk, 2006). En primer lugar, en la enfatización de la posición del poder con la inclusión de hablantes o fuentes que legitimen su superioridad moral. En segundo, en la plasmación de argumentos o pruebas que justifiquen las creencias dominantes. Tercero, en el descrédito de fuentes disidentes. Y por último, en la introducción de elementos que propicien el despertar de las emociones de los receptores.

Además, siguiendo la clasificación elaborada por Bar-Tal y Hammack (2012), no podemos olvidar que a menudo será habitual encontrar en estos enfoques una serie de rasgos de deslegitimación hacia otros grupos o agentes que atenten contra el ‘discurso oficial’ o ‘moralmente correcto’ como: la deshumanización, la proscripción, la caracterización de rasgos, los grupos de comparación o el uso de rótulos políticos o religiosos. Rasgos que van a justificar la propia violencia respaldándose en la defensa de un bien superior, mientras que van a considerar la violencia ajena consecuencia de una patología individual (Rodrigo, 2003). De hecho, tal y como Ángela Sierra (2007) expone, una de las principales características del inicio de siglo XXI ha sido la del empleo de un discurso de poder centralizado en el desarrollo de una ‘cultura de la victimización’ frente al ‘Otro’ que ha primado la potenciación del odio a través del empleo del recurso estilístico de la figura del enemigo materializada en la lógica del pensamiento dualista del nosotros vs ellos. “La dialéctica de las dos violencias”, que dirá Pierre Mertens (1981: 241-263).

En cualquier caso, estas representaciones narrativas van a dar forma tanto a la interpretación del significado adecuado de la violencia, como a los actores legitimados para ejercerla. Sin olvidar tampoco su acción sobre la comprensión de la casuística que va a propiciar el origen de violencia. Pues estos discursos van a justificar, glorificar e incluso naturalizar el empleo de la fuerza y de la agresión – violencia directa en terminología galtuniana– cuando se quebrante la estabilidad de las estructuras dominantes del sistema. Al establecer una asociación de su concepto de violencia, de lo inmoral y de lo perverso con todo aquello que no lo respalde. Y un vínculo de la paz, de lo bueno, de lo correcto con lo que lo perpetúe. Todo ello, como hemos explicado, gracias a una serie de técnicas discursivas y simbólicas respaldadas en la tesis del discurso oficial y de las normas sociales imperantes.

En el lado opuesto de esta estrategia, vamos a encontrar, por su parte, el término cultura de paz o, como algunos autores han calificado, culturas de paz (De Rivera, 2009; Boulding, 2000; Groff y Smoker, 1996). Un concepto que va a nacer bajo el auspicio de Naciones Unidas y que va a adoptar un enfoque holístico e integral por cuanto va a tratar de armonizar el concepto de paz establecido por cada uno de los individuos con el del resto de agentes (Symonides y Sing, 1996). Desde esta perspectiva, es necesario tener en cuenta que al hablar de cultura de paz, no se va a hacer referencia solamente a un conjunto de representaciones pacíficas y no violentas de la realidad, sino a una adecuada interpretación en la descripción de un conflicto para prevenir o mitigar la adopción de actitudes o acciones orientadas a la violencia cuando se trate de resolverlo.

A partir de este planteamiento, la principal novedad que va a aportar el término va a ser el análisis y la orientación de las relaciones establecidas entre las diferentes partes afectadas por los conflictos para indicar cómo deberían ser estas relaciones si se quiere evitar la adopción de comportamientos violentos durante el transcurso de los mismos. Consecuentemente, la cultura de paz no se va a centrar simplemente en buscar una salida pacífica a los conflictos, sino principalmente en transformar el comportamiento con los que estos van a ser llevados a cabo con el fin de impedir tanto la irrupción de la violencia cultural, como la de la estructural o la directa.

Al igual que la cultura de violencia, la cultura de paz se va a edificar a partir de determinados símbolos del lenguaje, de la cultura y del sistema. Símbolos que van a dar lugar a una serie de hábitos, reglas, conceptos y narraciones en el seno de una colectividad. Ahora bien, a pesar de que estas raíces pudieran parecer comunes, es pertinente precisar que frente a la cultura de violencia, la cultura de paz, no va a partir de una equiparación entre los términos conflicto y violencia, o dicho de otro modo, de la creencia de que la principal forma para acabar con un conflicto va a ser adoptar un comportamiento violento, sino que, a diferencia de esta primera, va a asumir la existencia del conflicto como inevitable. Y, por lo tanto, al llevar a cabo esta asunción, no va a enfocarse en erradicar las divergencias de intereses que los causan, sino en tratar de que su convivencia no desemboque en ningún tipo de episodio orientado hacia la violencia.

La cultura de paz va a centrarse, por tanto, en la promulgación de actitudes constructivas que tengan una influencia efectiva en el desarrollo de una convivencia no violenta. Pero ahora bien, implementar estas actitudes y comportamientos va a distar mucho de poder convertirse en una tarea fácil. En primer lugar, porque, rara vez los conflictos van a reproducir patrones comunes en

sus diferentes manifestaciones. Y en segundo, porque, además, para llevar a cabo este proceso va a ser necesaria una dificultosa labor de conciliación entre culturas y valores morales opuestos.

3. Modelos comunicativos en la pedagogía de la paz

La cultura de paz en su aplicación informativa y educativa es lo que se conoce como Periodismo de Paz y Educación para la Paz, respectivamente. Pues si bien la primera es la encargada de orientar, marcar y guiar metas educativas hacia la erradicación de conductas violencia, los segundos van a ser los responsables de desarrollar estos postulados teóricos en la práctica. Evidentemente, a estas alturas, nadie pone en duda la poderosa influencia que pueden ejercer estos dos agentes en el aprendizaje y transformación de actitudes y valores dentro de una sociedad. Pero lo cierto es que este potencial creador no siempre ha sido aprovechado para trasladar unos principios basados en la edificación de una cultura de paz entre los hombres.

En base a las lógicas del mercado, en nuestro sistema educativo y mediático ha primado la exposición y reproducción de conductas legitimadoras de prácticas sexistas, racistas y otras formas de violencia física y estructural. En el ámbito educativo, por ejemplo, tal y como el profesor Xesús Jares (2001) recoge, la violencia física directa ha sido por antonomasia 'la gran respuesta educativa' por parte de la escuela tradicional, quien, hasta hace pocos años, se ha respaldado en el lema 'las letras con sangre entran' para justificar el empleo de una pedagogía violenta. En este sentido, la estructura organizativa del sistema educativo ha sido uno de los principales pilares que ha contribuido a sustentar esta práctica. Pues al adoptar un modelo de disciplina coercitiva orientado al etnocentrismo, en un contexto de competición y de jerarquía social, ha ayudado a normalizar esta herramienta como recurso de aprendizaje.

La investigación académica tampoco se ha alejado mucho de estos planteamientos. Un estudio realizado por Fernández-Herrería y López-López (2014) demostró cómo al examinar la voluminosa bibliografía sobre el tema de educación en valores de paz, existía una primacía en el enfoque de valores contruidos desde una perspectiva de violencia en los artículos analizados. De acuerdo con estos autores, esta descompensación no solo se debía a la epistemología que habitualmente había acompañado a los estudios sobre la Investigación para la paz, sino también a fenómenos como la violencia escolar o a la atención desmedida dedicada a la violencia por parte de los *mass media*. Una reflexión esta última, por cierto, compartida por muchos de los estudiosos de la Investigación para la paz, quienes han llegado a la conclusión que cuando los medios de comunicación se enfrentan a la cobertura de informaciones relacionadas con cualquier tipo de conflicto, van a tender habitualmente a evitar mostrar el valor de la paz en sus mensajes.

Según documenta Gadi Wolfsfeld (2004), desde hace varias décadas la violencia se ha convertido en la principal materia del periodismo tradicional a la hora de elaborar sus informaciones sobre el conflicto. Como ilustra el autor en la Tabla 1, la publicación de estos relatos se ve habitualmente influenciada por la

presencia de cuatro criterios clave del trabajo periodístico: inmediatez, drama, simplicidad y etnocentrismo. Lo que explica, entre otros factores, las altas cotas dedicadas por la prensa a la cobertura de estas informaciones, así como la predilección otorgada por periodistas y públicos hacia este tipo de temáticas.

Tabla 1. El proceso editorial en la cobertura de las noticias sobre la violencia y la paz.

Fuente: Wolfsfeld (2004: 16).

	News	Not news
IMMEDIACY	Events Specific Actions	Processes Long-term Policies
DRAMA	Violence Crisis Conflict Extremism Dangers Internal Discord Major Breakthroughs	Calm Lack of Crisis Cooperation Moderation Opportunities Internal Consensus Incremental Progress
SIMPLICITY	Opinions Images Major Personalities Two-sided Conflicts	Ideology Texts Institutions Multi-sided Conflicts
ETHNOCENTRISM	Our Beliefs Our Suffering Their Brutality Our Myths/Symbols	Their Beliefs Their Suffering Our Brutality Their Myths/Symbols

Teniendo en cuenta estos elementos, no sorprende, por tanto, que el bombardeo de Hiroshima fuese calificado como la noticia más importante del siglo XX en una encuesta periodística (Rodríguez, 1999) o que los acontecimientos del 11-S y el golpe de Estado contra el gobierno de Hugo Chávez fuesen los más destacados para los lectores de la BBC durante la primera década del siglo XXI (BBC, 2009). Se trata, en definitiva, de pensamientos que podemos atribuir en cierta medida a esta práctica de periodismo violento que parece haber colonizado los principios de la prensa tradicional y a la que muchos autores han dado en calificar como *War journalism* o Periodismo de guerra.

De acuerdo con los datos recogidos en el primer informe sobre la cobertura mediática de la paz en los *mass media* (Institute for Economics and Peace, 2010), en realidad estamos ante una práctica bastante preocupante. Sobre todo, si tenemos en cuenta que aquellos países con menor número de espacios televisivos dedicados a contenidos pacíficos durante el periodo 2008-2009 fueron identificados a su vez como los más violentos. Además, es necesario tener en cuenta que, según han mostrado otros autores (Hackett, 2007) cuando los medios se enfrentan a este tipo de coberturas violentas, desempeñan, al mismo tiempo, tareas de fuentes de información, de combatientes, de armas, de objetivo y de campo de batalla. Tareas, todas ellas, que les llevan a incentivar actitudes sociales relacionadas con la guerra y la violencia entre las audiencias.

3.1. Periodismo de guerra y Periodismo de paz

Precisamente, anticipándose a estas conclusiones, a mediados de los años 60, el investigador Johan Galtung va a publicar *The structure of foreign news: The presentation of the Congo, Cuba and Cyprus crises in four Norwegian newspapers*. Un artículo en el que, tras someter a análisis el tratamiento de conflictos en cuatro diarios noruegos sobre Cuba, El Congo y Chipre, el autor va a concluir que cuando se trata de la cobertura de conflictos, los medios de comunicación van a ser propensos a incluir una serie de elementos que van a contribuir a reforzar valores negativos y de violencia en las informaciones. De modo que, preocupado por los resultados alcanzados, el noruego va a desarrollar un nuevo modelo para el tratamiento periodístico de los conflictos: el Periodismo de paz o *Peace journalism*. Un modelo teórico basado en una forma más amplia, más justa y más integradora de construir las informaciones sobre el conflicto y la violencia. Puesto que para el investigador, con el hasta entonces paradigma comunicativo empleado, los medios estaban faltando a una gran función social: la de la promoción de una cultura de paz entre sus receptores.

La teoría del periodismo de paz elaborada por el autor va a partir, consecuentemente, de un doble enfoque: un enfoque inclusivo en la medida en que va a promover el diálogo y el entendimiento social entre los hombres a partir de la construcción de un marco de interacción mutua horizontal. Y un enfoque activo por cuanto se va a desvincular de la noción de objetividad informativa al creer que la responsabilidad y el compromiso del periodista en este tipo de informaciones va a ser clave para defender o condenar determinadas conductas y problemas sociales. La noción de periodismo de paz desde la óptica galtungiana va ser entendida, por tanto, como un modelo normativo de información responsable que va a estar preocupado no solamente por las lógicas de producción y ritmos del trabajo periodístico durante las coberturas de los conflictos, sino también por los efectos que tales coberturas van a provocar sobre las audiencias.

Frente a este nuevo modelo, el autor va a situar el paradigma tradicional, al que de ahora en adelante se va a referir en lo relativo a los conflictos como *War/Violence journalism*. De acuerdo con Galtung, este tipo de tratamiento informativo va a orientar habitualmente las rutinas del trabajo periodístico hacia la violencia, la propaganda, la victoria y las élites en cuanto que, queriendo cumplir con los principios de la objetividad informativa, va a contribuir, por contra, a sobrevalorar las reacciones violentas y reactivas al conflicto, y a desvalorizar las no violentas, las del desarrollo. En líneas generales, podemos identificar este paradigma con la presencia de los siguientes rasgos (Shinar, 2007):

1. Violencia, sensacionalismo, personalización, patriotismo.
2. Descripciones simples en lugar de análisis complejos sobre las raíces del conflicto, las causas y los orígenes.
3. Omisión de los aspectos relacionados con la dimensión más humana del conflicto en favor de un relato de lucha entre las partes.
4. Focalización de las historias en la violencia manifiesta cuando esta ha ocurrido o está a punto de ocurrir.

5. Inserción de noticias relacionadas con los resultados visibles de la violencia como daños y víctimas o ganadores y perdedores.
6. Disminución del peso informativo sobre las historias y temas relacionados con la paz.

Lo importante a destacar aquí es que con este procedimiento, el paradigma tradicional en su aplicación al conflicto va a obviar las iniciativas multipartidistas, las causas complejas y las situaciones de beneficio mutuo que pueda generar el mismo, pues al legitimar la violencia como única opción útil y al convertir a la victoria y a la derrota en las solas soluciones aceptables va a olvidar que durante el proceso van a ser múltiples los niveles y las formas de resolución posibles. A este respecto, Lynch & McGoldrick (2005) han identificado, además, las tres formas más frecuentes que han ayudado a materializar y reforzar este planteamiento: 1) la preferencia por la inclusión de fuentes oficiales en las informaciones; 2) la predilección por la cobertura de informaciones relacionadas con acontecimientos puntuales frente a procesos más largos, y 3) la tendencia al dualismo y al uso de fórmulas de oposición en el tratamiento informativo del conflicto.

Según detalla Galtung, en realidad con este tipo de coberturas, más que responder a los postulados de la objetividad informativa, el periodismo tradicional ha adoptado unas rutinas periodísticas propias de un periodismo deportivo en la medida en que ha representado las informaciones sobre el conflicto como un juego de suma cero en el que el triunfo de una de las partes ha supuesto la derrota de la otra. Además, tal y como explican Lee y Maslog (2005), al igual que sucede con las competiciones deportivas, al presentarse este tipo de informaciones rodeadas de elementos de contenido patriótico y/o nacional, la práctica del paradigma de la objetividad informativa se ha convertido en una tarea bastante quimérica. En primer lugar, porque como recoge Hackett (2010), la sola inclusión de fuentes oficiales, ha marginado la presencia de otras perspectivas y voces. Lo que ha contribuido a otorgar un peso excesivo a determinados discursos y al refuerzo de la óptica gubernamental. Y por otro lado, porque, además, esta táctica de comportamiento ha fomentado la presentación de las informaciones desde un punto de vista sesgado y unilateral que en nada ha tenido que ver con los principios teóricos en los que se ha sustentado el tan evocado mito de la objetividad.

3.2. La comunicación para la paz ante el ideal de la objetividad informativa

Con todo, la comprensión del paradigma de la objetividad, o al menos el de las supuestas fórmulas en las que se ha materializado este modelo de comunicación tradicional, se alza como problema de origen para la práctica de una comunicación para la paz. Pues como veremos, aunque la realidad vaya a constituir el objeto principal de estas informaciones, esta no va a poder entenderse sin la acción del comunicador que la selecciona, jerarquiza y construye. El ejercicio de los ideales de la profesión periodística, en lo que a la construcción de las informaciones sobre el conflicto concierne, no va a estar reñido con la práctica de un periodismo responsable y comprometido con la paz. Y, en este sentido, qué duda cabe, que el modelo de *Peace Journalism* desarrollado por Galtung va a servir como buena base de este argumento.

Dos autores que han profundizado en esta área siguiendo a Galtung son Annabel McGoldrick y Jake Lynch (2006: 51-52). De acuerdo con sus investigaciones, el paradigma del periodismo de paz con su manera de proceder va a ser de gran ayuda para actualizar los conceptos de imparcialidad, equidad y precisión en los que hasta ahora se ha ido basando los postulados del trabajo periodístico a la hora de elaborar este tipo de informaciones. Estos profesores sostienen que cuando el tratamiento informativo se articula conforme a los patrones que marca este modelo, no solo se contribuye a presentar estas historias desde una perspectiva más amplia, ‘más objetiva’, en definitiva, más acorde con la realidad (en tanto que se va a intentar dar cabida a todos los supuestos y voces implicados en el conflicto), sino que también, precisamente a causa de este primer hecho, se contribuye a generar una serie de impresiones en los públicos: “Reportear o no reportear un disparo por coraje o una palabra expresada con amor no es un problema de objetividad factual, sino un criterio de objetividad [...]. Si el efecto deseado es venganza, incapacitación, castigo, entonces escójase el periodismo de guerra y llámesele patriotismo. Si el efecto deseado es detener ciclos de venganza y comenzar a buscar soluciones al conflicto, entonces escójase el periodismo de paz”.

La polémica en torno al empleo del periodismo de guerra o de paz, no va a pasar, por tanto, por un problema de objetividad, sino que como expresan estos autores, se va a situar más bien en la línea de un criterio ético de selección de informaciones. Desde esta perspectiva, la disyuntiva en la que nos venimos encontrando en relación a si informar sobre la violencia o la paz parece haber quedado del todo resuelta. Puesto que adoptar un modelo de periodismo de paz no va a significar renunciar a comunicar una parte de la realidad, es decir, la de la violencia, sino más bien empezar a tener en cuenta si el enfoque y los hechos seleccionados sobre esta son los más adecuados desde el punto de vista de sus efectos.

Así mientras que, frente a un modelo de periodismo de guerra que va a hacer de la violencia la única opción posible en la resolución de un conflicto y va a interpretar el fin del mismo desde una óptica de paz negativa, el periodismo de paz se va a presentar como una alternativa periodística de información responsable que va a crear oportunidades para la construcción de una paz positiva a partir del empleo de fórmulas no violentas con las que lidiar los intereses incompatibles entre las partes. Como exponen Espinar y Hernández (2012), a decir verdad la construcción de una información conforme a los postulados de una teoría de periodismo de paz no se va a tratar para nada de una cuestión desdeñable. Pues el hecho de que un relato sea presentado mediante un enfoque de lucha o enfrentamiento, según promueve el periodismo de guerra, ha sido visto por algunos autores como el origen de una espiral de acción-reacción que en la mayoría de las ocasiones se ha saldado con más episodios de violencia entre las partes. Galtung (2002) pone como ejemplo el caso de Irlanda del Norte. Y constata que con más *Peace journalism* el conflicto se hubiese situado en una fase más avanzada del proceso de paz mucho antes. Por su parte, Hackett (2007) ve en este tipo de tratamiento una contribución al enraizamiento del conflicto pues las diferentes posturas van a presentarse de manera incompatible.

Recientes estudios en la información sobre la guerra, especialmente los relativos a la Guerra del Golfo de 1991 y la intervención de la OTAN en Kosovo en 1999,

han desempeñado un papel fundamental en la estimulación del debate sobre ambos tipos de coberturas (Hanitzsch, 2004). Los modelos desarrollados por estos autores han sugerido vías alternativas en la manera de informar sobre el conflicto que podrían contribuir al proceso de ‘de-escalación’, construcción de la paz y prevención del mismo tomando como base algunos de los postulados contenidos en la teoría del periodismo de paz de Johan Galtung. La intención de dar una mayor visibilidad informativa a aquellos actores que buscasen salidas no violentas al conflicto y a aspectos que evitasen la repetición de situaciones similares en un futuro próximo llevó por ejemplo a Javier Bernabé (2004) a desarrollar su denominada teoría de Periodismo preventivo. Una disciplina creada para extender el ya conocido paradigma del periodismo de paz a otros campos de trabajo como las crisis institucionales, las crisis sociales, las crisis humanitarias, las crisis de derechos humanos y las crisis medioambientales.

La segunda de estas vertientes ha sido la desarrollada por el corresponsal de la BBC Martin Bell (1997), la conocida como *Journalism of attachment*. Esta línea de trabajo ha girado en torno a la actualización de los principios clásicos del ‘buen periodismo’. De acuerdo con los partidarios de esta corriente, si bien los periodistas están obligados a dar voz a todos los implicados en el conflicto, no lo están tanto a dar el mismo tratamiento a todos ellos. Según han abogado estos autores, los periodistas deben tener la ‘obligación moral’ de distinguir entre el ‘bien’ y el ‘mal’ en las zonas de conflicto. Y con ella, la de tomar partido entre víctimas y verdugos.

4. Conclusiones

A pesar de estos y otros muchos intentos por hacer operativos los postulados de la teoría galtungiana, lo cierto es que la implementación del modelo del Periodismo de paz ha hallado en su plasmación práctica el principal freno al desarrollo y expansión del paradigma. En algunos casos, como en el del periodismo preventivo, por la inexistencia de indicadores empíricos concretos. En otros, como en el del *Journalism of attachment*, por la ineficacia de su planteamiento³.

Tal y como hemos expuesto, razones relativas a la univocidad que presenta el concepto de paz se encuentran detrás de las dificultades para implementar un modelo comunicativo global a la hora de informar sobre los conflictos. A ello se suma, una perpetuación de los estándares y valores amparados en el paradigma de la objetividad en los que hasta ahora se ha fundamentado el trabajo periodístico en la cobertura de este tipo de temáticas. Elementos como la imparcialidad, la inmediatez, la concisión o el drama continúan a día de hoy siendo una constante de las agendas informativas y, por extensión, marcando las rutinas del ejercicio profesional en la elaboración de estos y todo tipo de mensajes. Un hecho que termina por hacer que los medios de comunicación presten poco interés al análisis de las posibles salidas y raíces del conflicto y pongan su foco de atención, por

³ Con su antagonismo entre ‘buenos’ y ‘malos’ el *journalism of attachment* volvía en cierta medida a deslindarse del enfoque de periodismo de paz y a presentarse de nuevo como un modelo más propio de un tratamiento de violencia.

contra, en aquellos aspectos que consideran más objetivos, es decir, en los temas más visibles y banales del problema.

Las limitaciones en la implantación de un modelo de periodismo de paz nos llevan a respaldar las tesis del urgente cambio ético, normativo y procedimental que desde hace un tiempo parece planear sobre la sombra del ideal de la profesión periodística. Hablamos de renovar los fundamentos de un paradigma hegemónico construido al amparo de la técnica de la pirámide invertida y sustentado en el falso mito de la objetividad. Un modelo que parece haber olvidado que el ejercicio del buen periodismo era mucho más que un fiel compromiso del profesional de la información con los hechos y que, a cambio, ha dejado de lado su responsabilidad pública y social en la construcción de la paz⁴. En cierta medida, este es el verdadero problema que acecha al periodismo de paz en nuestros actuales sistemas democráticos: la actualización de las bases de un presupuesto filosófico de normas y estándares que ha hecho del *War journalism* no solamente un instrumento adecuado para el enfoque de informaciones, sino, además, un modelo comunicativo socialmente aceptado.

Ahora bien, qué duda cabe que poner en marcha este proceso va a conllevar la implementación de grandes cambios en el engranaje del sistema técnico, estructural y comercial del ámbito mediático. Grandes cambios como el de la habilitación de instrumentos y espacios en los medios de comunicación que permitan a la ciudadanía expresar sus diferentes posiciones ante el conflicto. Grandes cambios que apuesten por la desmitificación del hecho de que el ejercicio de un periodismo de paz deba estar reñido con la maximización de intereses comerciales⁵. En definitiva, la implementación de grandes cambios que asuman que un periodismo de paz sin profesional de la información que la selecciona, jerarquiza y construye es un ejercicio sin valor periodístico. Ejemplos como la red de trabajo *Reporting in the World* demuestran que este nuevo modelo comunicativo es posible. Y en este sentido, la aplicación de un enfoque de periodismo de paz con base en nuevos enfoques epistemológicos de la Teoría de la Información puede constituir un gran avance para lograrlo⁶. Pues como hemos visto, el concepto de paz no es único y requiere de profesionales que juzguen en cada caso las mejores estrategias informativas para lograrlo. Es hora, por tanto, de devolver al periodismo la función pública para la que fue creado, si queremos que la andadura de la sociedad hacia modelos de resolución de conflictos más pacíficos pueda, por fin, dar este importante paso.

⁴ Tal y como recoge el artículo 3 de la *Declaración sobre los Principios Fundamentales relativos a la Contribución de los Medios de Comunicación de Masas al Fortalecimiento de la Paz y la Comprensión Internacional, a la Promoción de los Derechos Humanos y a la Lucha contra el Racismo, el Apartheid y la Incitación a la Guerra* de la UNESCO: “los medios de comunicación deben aportar una contribución importante al fortalecimiento de la paz y de la comprensión internacional y a la lucha contra el racismo, el apartheid y la propaganda belicista”. Esta obligación constituye el núcleo fundamental de numerosos códigos y tratados.

⁵ Según apunta Fisas (2006), no existen evidencias que demuestren que los acuerdos de paz, las luchas populares por superar los conflictos o las iniciativas cívicas de construcción social no interesen a los públicos.

⁶ Ángel Benito (1987), Muñoz-Torres (1995), Pilar Giménez (2005) y José Manuel Chillón (2010) son algunos de los autores que se han hecho eco de este asunto en sus respectivos estudios: *Ecología de la comunicación de masas; Objetivismo, subjetivismo y realismo como posturas epistemológicas sobre la actividad informativa; La objetividad, un debate inacabado, y Filosofía del periodismo: Razón, libertad e información.*

5. Referencias bibliográficas

- Barreto, Idaly, et al. (2009): "La legitimación como proceso en la violencia política, medios de comunicación y construcción de culturas de paz". *Universitas Psychologica*, 8 (3), 737-748.
- Bar-Tal, Daniel & Hammack, Phillip L. (2012): "Conflict, delegitimization and violence". En: TROPP, Linda R (ed.): *The Oxford Handbook of intergroup conflict*. New York, Oxford University Press, pp. 29-52.
- Bar-Tal, Daniel (2002): "The elusive nature of peace education". En: Salomon, Gavriel y Nevo, Baruch (eds.): *Peace education: The concept, principles and practice in the world*. Mahwah, NJ, Lawrence Erlbaum, pp. 27-36.
- BBC (2009, Diciembre, 30). "La década para nuestros lectores". *BBC*, 30 de diciembre: goo.gl/iPX59L.
- Bell, Martin (1997): "TV News: how far should we go?". *British Journalism Review*, 8 (1), 7-16.
- Benito, Ángel (1987): "Ecología de la comunicación de masas". *Telos: Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, 11, 9-10.
- Bernabé, Javier (2004): "Periodismo preventivo, una herramienta para las soluciones pacíficas de crisis y conflictos". *I Congreso Iberoamericano de Periodismo Preventivo*. San José de Costa Rica.
- Boulding, Elise (2000): *Cultures of peace: The hidden side of history*. New York, Syracuse University Press.
- Bourdieu, Pierre (1999): *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1995): *Respuesta. Por una antropología reflexiva*. Madrid, Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1991): *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1987): "Habitus, code, codification". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 64, 40-44.
- Chillón, José Manuel (2010): *Filosofía del periodismo: Razón, libertad, información*. Madrid, Fragua.
- Contreras, Fernando R. y Sierra, Francisco (2004): *Culturas de guerra: Medios de información y violencia simbólica*. Madrid, Cátedra.
- De Rivera, Joseph (2009): *Handbook on building cultures of peace*. New York, Springer.
- Espinar, Eva y Hernández, María Isabel (2012): "El periodismo de paz como paradigma de comunicación para el cambio social: características, dimensiones y obstáculos", *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, 17, 175-189. Doi: http://dx.doi.org/10.5209/rev_CIYC.2012.v17.39263
- Fernández-Herrería, Alfonso y López-López, María del Carmen. (2014): "Educar para la paz: Necesidad de un cambio epistemológico". *Convergencia*, 21 (64), 117-142.
- Fisas, Viçenc (1998): *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona, Icaria.
- Fischer, Gustave Nicolas (1992): *Campos de intervención en psicología social*. Madrid, Narcea.
- Galtung, Johan; Lynch, Jake; and McGoldrick, Annabel (2006): *Reporteando conflictos. Una introducción al periodismo de paz*. Puebla, Montiel y Soriano Editores.
- Galtung, Johan (2002): "Peace journalism: A Challenge". En: KEMPF, Wilhelm & Luostarinen, Heikki (eds.): *Journalism and the new world order*. *Nordicom*, 259-272.
- Gamero, Isabel G. (2012): "Los efectos de la dominación simbólica en el feminismo". *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 13, 189-200.

- Giménez, Pilar (2005): “La objetividad, un debate inacabado”. *Revista Comunicación y Hombre*, 1, 91-103.
- Groff, Linda y Smoker, Paul (1996): “Creating global/local cultures of peace”. En: UNESCO (ed.): *From a culture of violence to a culture of peace*. Paris, Unesco, pp. 103-128.
- Hackett, Robert A. (2010): “Journalism for Peace and Justice: Towards a Comparative Analysis of Media Paradigms”. *Studies in Social Justice*, 4 (2), 179-198.
- Hackett, Robert A. (2007): “Journalism versus peace? Notes on a problematic relationship”. *Global Media Journal*, 2, (1), 47-53.
- Hanitzsch, Thomas (2004): “The Peace Journalism Problem”. En: Hanitzsch, Thomas; Löffelholz, Martin and Mustamu, Ronny (eds.): *Agents of peace: public communication and conflict resolution in an Asian setting*. Jakarta, Friedrich Ebert Stiftung, pp. 185-206.
- Institute for Economics and Peace (2010): *Mesuring peace in the media*. EE.UU., Institute for Economics and Peace.
- Jares, Xesús (2001): “Educar para la paz y la convivencia: tarea de todas y todos”. En: Redined [Red de Información y Cultura] (coord.): *Educar per a una cultura de pau i convivència: Actes Palma de Mallorca*, pp. 72-86.
- Lee, Seow Ting & Maslog, Crispin C. (2005): “War or peace journalism? Asian newspaper coverage of conflicts”. *Journal of Communication*, 55 (2), 311-329.
- López, Edgardo Darío (2014): “Pierre Bourdieu y la violencia simbólica”. *Cum Laude: Revista del Doctorado en Derecho*, 1, 178-198.
- Lynch, Jake & McGoldrick, Annabel (2005): *Peace Journalism*. Stroud, Hawthorn Press.
- Martín, Ignacio (1985): “Un camino hacia la paz en El Salvador”. *Alternativas para la paz*, 3-10.
- Martín, José Manuel. (2004): “¿Qué es la violencia?”. En: Molina, Beatriz y Muñoz, Francisco A. (eds.): *Manual de paz y conflictos*. Granada, Universidad de Granada, pp. 227-247.
- Martínez, Vicent (2015): “La normalización de la convivencia en sociedades que han vivido un conflicto violento. Una perspectiva desde una filosofía para hacer las paces”. En: VV.AA: *Por un futuro de paz en el País Vasco: la normalización de la convivencia. Seminario de Trabajo y Conferencia Pública*: goo.gl/3FPFj6.
- Mertens, Pierre (1981): “Violencia institucional, violencia democrática y represión”. En: UNESCO (ed.): *La violencia y sus causas*. París, Editorial de la Unesco, pp. 241-263.
- Muñoz, Francisco A. (2001): *La paz imperfecta*. Granada, Universidad de Granada.
- Muñoz-Torres, Juan Ramón (2002): “Objetividad y verdad. Sobre el vigor contemporáneo de la falacia objetivista”. *Revista de Filosofía*, 27 (1), 161- 190.
- Piqueras, Andrés (1996): *La identidad valenciana: La difícil construcción de una identidad colectiva*. Madrid, Escuela Libre Editorial.
- Rodrigo, Miquel (2003): “La narrativización de la violencia”. *Cuaderns del CAC*, 17, 15-22.
- Ros, María y Schwartz, Shalom H. (1995): “Jerarquías de valores en países de la Europa occidental: Una comparación transcultural”. *Reis*, 69, 69-88.
- Shinar, Dov (2007): “Epilogue: Peace Journalism – The State of the Art”. *Conflict and communication online*, 6 (1): goo.gl/Ey7fvS.
- Sierra, Ángela (2007): “Los discursos del odio”. *Cuadernos del Ateneo*, 24, 5-17.

- Symonides, Janusz & Singh, Kishore (1996): "Constructing a culture of peace: challenges and perspectives –an introductory note". En: UNESCO (ed.): *From a culture of violence to a culture of peace*. París, Unesco, pp. 9-30.
- Rodríguez, Pedro (1999): "El bombardeo de Hiroshima, noticia del siglo para los periodistas de EE.UU.". *ABC*, 3 de marzo, p. 58.
- Urbina-Cárdenas, Jesús Ernesto y Muñoz, Germán (2011): "Ideas de paz en jóvenes desplazados de la ciudad de Cúcuta". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 9 (1), 321-330.
- Van Dijk, Teun (2006): "Discurso y manipulación: Discusión teórica y algunas aplicaciones". *Revista Signos*, 39 (60), 49-74.
- Van Dijk, Teun (1994): "Discurso, poder y cognición social". *Cuadernos de la Maestría en Lingüística*, 2, 1-92.
- Wolfsfeld, Gadi (2004): *Media and the path to peace*. Cambridge, Cambridge University Press.
-

Marta Requejo Fraile es Licenciada y Doctora en Periodismo por la Universidad de Valladolid (UVa) y Máster en Investigación de la Comunicación como Agente Histórico Social por la misma institución. Fue investigadora predoctoral del Departamento de Filosofía de la UVa con una beca de Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación Cultura y Deporte español. Ha realizado estancias de investigación en instituciones internacionales como el Center for Basque Studies de la University of Nevada en EEUU y el Institute for International Conflict Resolution and Reconstruction de la Dublin City University en Irlanda. Sus principales líneas de investigación comprenden la comunicación en procesos de paz y conflictos desde una perspectiva deontológica y ética, así como el análisis de las representaciones discursivas y gráficas del nacionalismo a través de los *mass media*.